



reconstrucción de un suceso de hace más de veinte años, **cuando su mejor amigo se tira por un barranco después de matar violentamente a su hermana.** Fue la noche de Navidad cuando el autor, vecino del asesino y casi testigo de los hechos, era un joven tímido, religioso y desubicado en la huerta murciana. Y de repente, detrás de estos recuerdos y muchos años después, **brotan todos los impulsos del escritor: la necesidad de contar, de buscar respuestas,** de entender los motivos y de observar el dolor de los demás.

El autor se suma a la tendencia de la autoficción y de la metaliteratura –tan de moda, tan recurrente– y por una razón muy sencilla porque *El dolor de los demás* no es sólo una historia con cierto regusto detectivesco –el narrador se lleva toda la obra intentando acceder a los detalles de la investigación, a los resultados de las autopsias, a las declaraciones de sus paisanos– **sino una reconstrucción de un hecho trágico para hablar de la identidad del autor (¿quién era él de joven?), del peso del ayer en el hoy y de sus orígenes, para ofrecer un auténtico ejercicio de escritura.** Porque esta obra no es más que un libro sobre el proceso de escribir sobre un hecho tan cercano, sobre esa magia que es la de transformar un acontecimiento en palabras. Y el lector, mientras espera el resultado –que no es otro que conocer los porqués de ese asesinato, entender qué relación había entre los hermanos para que acabaran así– va entrando sin darse cuenta en el relato de Hernández, en sus pasos como investigador y periodista, en esa historia en la que parece que habla de los demás, pero habla de sí mismo, de su memoria y de profesión de escritor.

Sorprende y se agradece que un hecho tan espeluznante –todo lo que eso trajo consigo– esté narrado con un tono tan sobrio, tan meditado. No hay lugar para el morbo ni para el amarillismo. La película va por otro sitio, porque no es una novela sobre ese asesinato sino sobre cómo uno asimila un hecho así en su propio entorno. Y ahí está –y eso lo hace muy bien Hernández– **la palabra, con su poder creador y transformador, con su poder, por qué no, sanador.** Porque a veces, sólo poniéndole palabras a las vivencias uno consigue reconciliarse con ellas.

*El dolor de los demás* no es un producto común, no es una historia al uso. No es un thriller, no es una novela negra, no es un manual para escribir sobre uno mismo, y a la vez es todo eso. **Hernández nos lleva por los caminos espinosos de la creación, de la muerte y la memoria.** Y no, los verdaderos protagonistas de esta historia no son el asesino y su hermana asesinada sino el propio autor, que en el proceso de escritura de esta tragedia se enfrenta a sus propios fantasmas y a sus propias pesadillas, a intentar entender cómo ese dolor ha ido fosilizando en él, cómo lo ha transformado. **Porque quizás uno nunca llega a entender el sufrimiento de los demás, sólo el propio, el que sigue dentro. Y eso ya es bastante.**